

COMPLOT

Alirio Liscano

La ciudad está acostada en la llanura. Las casas, en su mayoría, son viviendas rudimentarias. Están separadas unas de otras por empalizadas rústicas. Ese mediodía, las calles retumban de pólvora. El trepidar de los cañones sacude la sabana. La violencia es dueña y señora del lugar. Nunca se había luchado en la población con tanta furia. Se pelea cuadra a cuadra, casa a casa, metro a metro. Los patios y solares están convertidos en infierno.

La fortaleza controlada por los oligarcas, situada en el centro del poblado, es asediada por campesinos en armas. Los atacantes, miles de combatientes movidos por ideales justicieros, durante siete días, se han batido con bravura. En esta acción de San Carlos, camino de Caracas, también lucen imbatibles.

Ezequiel Zamora, líder del ejército popular, es una figura brillante que parece invencible, lo que asusta sobremanera a los generales Falcón y Guzmán que se han tomado para sí la dirección del bando revolucionario. Coro, El Palito, San Felipe, Yaritagua, Cabudare, Araure y Barinas, segunda capital de Venezuela en ese tiempo, eslabonan su cadena de victorias como líder político-militar.

En Santa Inés, una vez enjuiciado y fusilado el sanguinario disidente Martín Espinoza, Zamora había ganado para el pueblo la batalla que decidía la guerra, había diezmado claramente a las tropas oligarcas. Sobre los hombros de las masas que comandaba, Zamora había aplastado a un ejército godo de más de tres mil hombres encabezados por los generales Ramos y Rubín, a quienes había atraído hábilmente a sus propias trincheras.

La Guerra Federal (1859-1863), por sus alcances sociales y políticos, fue la más grande confrontación bélica ocurrida en Venezuela después de la independencia. Muerto Bolívar en 1830, Páez se hizo rodear por la oligarquía más retrógrada (terratenientes, comerciantes-prestamistas, abogados ladrones) y con la Ley del 10 de abril de 1834, de hecho, maniató a los agricultores frente a los usureros. En 1840, la fundación del Partido Liberal y la aparición del periódico *El Venezolano*, marcaron la fractura de los grupos dominantes. El descontento y la tendencia insurreccional eran crecientes.

Zamora se hizo conocer como “General del Pueblo Soberano” precisamente durante las rebeliones campesinas ocurridas en 1846 y 1847. En esas escaramuzas iniciales, aunque terminó preso, empezó a mostrar sus cualidades como conductor de tropas, al unir bajo su mando a guerrilleros legendarios como Zoilo Medrano, Francisco Rangel (a) “El Indio” y José de

El próximo 10 de enero de 2010 se cumplirán 150 años del asesinato en San Carlos del héroe revolucionario venezolano Ezequiel Zamora, en el contexto de la guerra federal. A su memoria van dedicadas estas líneas.

Jesús González (a) “El Agachado”. Condenado a muerte, se fugó de la prisión y tiempo después, el presidente José Tadeo Monagas le conmutó la pena, destacándolo en el batallón de Villa de Cura.

Entrando la tarde hay decenas de heridos en las calles. Las mujeres, colaboradoras audaces, en una misión casi suicida, retiran los lesionados, aplican torniquetes a las heridas y animan a los combatientes bisoños, mientras apoyan a los armeros, recargan los fusiles y acarrear agua de la acequia. Sus funciones son tantas y tan apremiantes, que no pueden detenerse.

Con el rostro salpicado por la metralla pero con tono firme, Zamora emite las voces de mando. En medio de la refriega, su carisma es mayor. Los comandantes y combatientes obedecen sus órdenes ciegamente. Confían en la serenidad que lo caracteriza, pero también están seguros de su lucidez, de su palabra atinada y sobre todo, de sus probadas cualidades como estrategia y como táctico.

Frente a la línea de fuego se levanta la basílica. Es la iglesia de San Juan Bautista, que está ubicada por el este. Siempre el este, por casualidad. Es una ermita imponente de color amarillito cobrizo. Los elevados portones hacen más altiva su presencia. Los mangos circundantes, por decenas, casi todos de copas altas, resaltan su hermosura. Tiznada por la pólvora, hasta hoy ha sido casa de oración. A partir de hoy será casa de emoción. En su campanario iluminado se aprecia la sombra de un fusil. Es un arma homicida que busca el objetivo. Por instantes, la silueta del francotirador aparece en las alturas. Es un sicario que no tardará en cumplir su cometido. Sólo apuntará al quepis rojo de Zamora, según las instrucciones. Y se retirará en silencio, como las serpientes, después del gatillazo. Junto con la paga, recibió la orden de matar.

*Los alcaravanes agitan los esteros
El estampido se escucha en el cercado
Tierra y hombres libres, se escucha en el poblado. ❏*

Alirio Liscano (Barinas, 1943). Historiador, diplomático y escritor venezolano, con maestrías en Ciencias Políticas y en Relaciones Internacionales y Diplomacia. Doctorando en Educación. Profesor Titular de la Universidad de los Andes, en Mérida, en cuyo Consejo Universitario representó al Ministerio de Educación Superior del gobierno bolivariano y ahora es representante de los profesores. Ensayista, poeta y narrador. Entre sus libros, cabe citar *Bolívar en tres perfiles* (Ensayo, México, 1996); *La palabra insomne* (Poesía, Costa Rica, 2004) y *Médanos Blancos* (Relatos, Venezuela, 2009). Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.